

San José, Costa Rica 1927 Sábado 24 de Setiembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Soledades*, por Pedro Emilio Coll.—*La patria es el suelo*, por Enrique José Varona.—*Nicaragua intervenida. La diplomacia del dólar*, por Camilo Barcia Trelles.—*Bibliografía titular*.—*El método Decroly*, por Gabriela Mistral.—*Cartas alusivas*, por Jaime Torres Bodet.—*¿También Sacasa?*, por A. Torres Rioseco.—*El Estado y el Pensamiento*, por Azorín.—*El ideal poético de Enrique González Martínez*, por Mario Santa Cruz.—*La novela de un poeta: Margarita de Niebla*, por Julio Jiménez Rueda.—*La décima Musa. El humorismo poético de Leopoldo Lugones*, por Enrique Espinoza.—*Mi Don Francisco Giner (5)*, por J. Pijoán.—*La Manífica...*, *Monserate*, por Rubén Coto.—*Panorama: Chile, Cuba, Bolivia. Gobiernos reaccionarios*, por (T. M.)—*Los indios de Bolivia*, por Maitre Renard.—*Hace algún tiempo que no creo en la justicia de los hombres*, por Raquel Adler.

MI maestro de filosofía, en el antiguo Colegio de la Paz, el doctor Morales Marcano, apesar de la grandilocuencia de sus discursos, nos recomendaba siempre a sus discípulos un estilo sencillo en la exposición de nuestras mal aprendidas lecciones. Del monje seguido el consejo y no el ejemplo, solía advertirnos socarronamente no sólo para iniciarnos en el orden de los pensamientos y en la discreta concisión, sino para que no lo imitáramos cuando, reclinado en el pretil de los puentes, sostenía diálogos con la luna. Porque el docto profesor, de las cristalinas gafas y los azules ojos, amaba como nadie la quietud nocturna de la ciudad y el vino escanciado en populares copas, bajo el silencio de la madrugada.

Se acompañaba amenudo, en sus horacianas divagaciones, de un relojero cumánés, paisano suyo y viejecillo de limpio porte y de tan atildada urbanidad que no le abandonaba ni aún cuando los vapores de la uva ponían en continuo movimiento más sus manos que sus labios. Pues el buen Martínez, que así se llamaba y en santa gloria repose su alma cándida, era con rítmicos ademanes sin palabras como entonces se dirigía a los hombres y a la naturaleza, prefiriendo su callado soliloquio a toda conversación, fuese ésta tan sabia como la de su amigo, quien, entre tanto, con los blancos cabellos al viento, en los que flotaba todavía

Soledades



Don Luis de Góngora

alguna hebra rubia, después de colocar su sombrero de pelo negro sobre el banco del paseo, no sin antes limpiarlo meticulosamente con su pañuelo de batista, interrogaba la placidez de las estrellas, sin tampoco enterarse de las mímicas cavilaciones de Martínez.

Ello es que nuestro maestro, de la casona de ladrillos, en su cátedra no permitía que nuestra retórica infantil abrumase los ingenuos silogismos de Balmes

y, con ese fin, acudía a una ocurrencia, quizás de su invención, a manera de pauta clásica para nosotros, quienes la acogíamos con mal disimuladas risas sin penetrar en fondo de su enseñanza, como bisonos y perezosos aprendices que éramos. Con sorna nos refería el maestro que un compañero de sus años, a quien encontró en la calle, llevaba bajo el brazo un monstruoso portafolio hinchado de manuscritos.

—Mira, Jesús María, le dijo Libro de Oro, que con ese apodo era conocido en Caracas, por la vastedad de sus conocimientos, y mostrando a Morales Marcano su carga literaria.

—¿Qué es eso, Félix portentoso? le preguntó el maestro irónico.

—Una novela que tendrá cinco tomos.

—Larga será la aventura que requiere tan copiosa memoria.

—Y tan larga que abarca tantos siglos como volúmenes. El solo título es ya un hallazgo.

—¿A ver?

—*El Palafrén del Monarca*, le contestó con rotunda voz Libro de Oro.

—Y yo observé a mi amigo, añadía el maestro, para concluir el apólogo y hacernos sentir su punzante intención didáctica, que *El Caballo del Rey* era título más sencillo y suficiente para tan famosa obra y su dilatada celebridad entre lectores no contagiados de culteranismo gongorino.

¿Qué hubiera dicho mi maestro de filosofía, cuyas admirables lecciones y consejos con frecuencia olvidé, si me hubiera sorprendido ahora leyendo precisamente las *Soledades*, de Don Luis de Góngora y aún deleitándome en ellas, con motivo del tercer centenario de la muerte del grande y discutido poeta cordobés del siglo XVI, por unos comparado a Homero y por otros tildado de Príncipe de las Tinieblas?

Suelo sonreír, en verdad,

cuando algún cronista que presume de elegante rebuscador de exquisiteces, por huir del vocabulario usual cuelga, a la endeble idea, abalorios que más parecen provenir de la indiada que de las simpatías parisinas que profesa, mas no atribuyo a la influencia del autor del *Polifemo*, ni *El Palafrén del Monarca*, que acaso quedó inédito, ni a nuestro cronista el que, quizás por dar a su lenguaje una forma «aristocrática», nombre, por ejemplo, «voraz acridio» a la langosta que cae hambrienta sobre nuestros mazaes y que, indiferente al bien público como muchos de nuestros prójimos, devora la fragante flor del café. Sin embargo, tal vez el primero que empleó esa designación del insecto saltarín y volador no lo hizo por simple tontería, sino después de observar la insaciable apetencia del animalito y su familia zoológica; lo que si revela un sentido más completo de información corresponde más a la ciencia que al arte, que bien entendido puede embellecer los más vulgares objetos sin necesidad de «ennoblecer» sus nombres. Cier to es que circunloquios verbales de esa especie pueden revelar un conocimiento más analítico del objeto contemplado que el vocablo que lo define, o una idea más curiosamente dissociada en los elementos psíquicos que sintetiza.

Góngora, precisamente, a mi entender, tenía una sensibilidad tan aguda y fina, que percepciones que a nosotros escapan, por disimuladas o pequeñas en los objetos, las más sutiles relaciones entre las cosas, eran acogidas por su imaginación y transformadas en metáforas primorosas, que su ingenio complicaba. Ahora, al reeler las *Soledades*, con cuidado que no deja de dañar a la emoción poética, la belleza que me retiene con resplandor inefable, si no alumbrá todo el contorno, para mí en sombra, sin duda por incapacidad intelectual, me permite presentir los tesoros que la mirada no logra alcanzar.

Además, poseía Góngora una erudición extraordinaria que exigiría del lector parecido esfuerzo, ya que con ella ornamenta y no pocas veces recarga su poema. La mitología, el instrumental de muchos oficios, especialmente de los rurales y náuticos, los emblemas de la astronomía, la vida delicada de las flores, la fulgurante de los minerales y de las piedras preciosas, los animales de la mar y de la selva, la arena de las playas, la menuda hierba de los campos, en todo halla motivo para las consonancias estéticas y las trasposiciones ideológicas. Su tendencia a restaurar la sintaxis latina oprime el castellano, que ya había adquirido su plenitud. La elipsis gongorina ahoga a veces el concepto. Su rima es a veces dura a nuestro oído actual, pero en otras prolonga la emoción como una suave melodía o como la luz declinante del crepúsculo. No se detiene Góngora en las apariencias sensibles sino que desentraña sus esencias por medio de la alegoría. Su metáfora es como una revelación de la intimidad del objeto, pero la poesía que nos encanta con su hálito musical, a veces en Góngora se hace demasiado densa por exceso de contenido. La naturaleza no se le presenta des-

nuda sino envuelta entre enigmáticos simbolismos.

A través de sus estrofas se adivina en Góngora su concepto de la vida, más de un epicúreo que de un católico y por añadidura capellán del rey. El goce cazarlo al vuelo, canta en la endecha del pescador a su amada, como un eco de los antiguos ardores de Cástulo y Propercio, mezclados con el sentimiento de la muerte:

Mira que la edad miente,
mira que del almendro más lozano
Parca es interior breve gusano.

Complicado es el espíritu de Góngora y, en mi opinión, uno de sus curiosos aspectos es el cambio total de la manera poética de su primer período, que es el de sus romances y letrillas, por la que después adoptó en su segunda época, a la que pertenecen la *Fábula de Polifemo* y las *Soledades*. Tan diferentes son esas expresiones de su ingenio que se dirían de dos autores en absoluto distintos. Al principio, la forma tan popular y sencilla parece que se dirigiera a un vasto público. Luego, parece que Góngora destinara sus poemas a un grupo de iniciados que se complaciera en descifrar arcanos y los que, en ocasiones, se creyeran puros juegos de adivinación para

los que gustan de esa suerte de entretenimientos.

Circunstancias no sólo personales sino sociales y desde luego la atmósfera literaria del momento europeo, debieron de contribuir a que Góngora se deleitase en una forma de expresión artística que no estuviera al alcance de la gran mayoría de sus antiguos lectores, cual si así protestara contra los que, como Lope de Vega, confesaban preocuparse más del aplauso inmediato y del lucro vulgar que de la poesía como ejercicio desinteresado y noble. Es una reacción antidemocrática, por decir así, aunque la palabra resulte anacrónica, la que a Góngora impele a usar de un verbo menos comprensible a la generalidad. Y aquí se nos ofrece el tema de la relación del estilo del escritor con su concepto de la sociedad a que pertenece. Un estilo claro suele indicar un deseo efusivo de extendida comunicación, como fué el de Góngora en su primera época, mientras que el autor que, adrede, se hace hermético, como Góngora en su segunda manera, señala una posición de altivo apartamiento de su colectividad. No siempre, a mi juicio, el fenómeno obedece a esas causas, porque la imitación de un autor famoso, que ha descollado por la originalidad de su forma, puede influir hasta en la redacción de una gaceta periodística, sin que el cronista tenga la deliberada intención de apartarse de sus coetáneos. El caso es frecuente en nuestra América, y he tenido la oportunidad de oírlo criticar duramente por escritores europeos, que designan como «estilo tropical» el que más bien es, muchas veces, hijo, precisamente, del estilo de autores europeos que, por admirados, fueron sin tino imitados por nosotros.

Mas cierto es que, desde los orígenes de nuestras literaturas americanas, una frondosidad retórica suele invadir demasiado el dominio de las ideas y que, con frecuencia, una fantasía des-

El testimonio de los mayores

La patria es el suelo

Cuba, cayendo y levantándose, avanza, y gana terreno. Ni los obstáculos colosales de su triste herencia, ni los tropiezos inevitables entre tantos escollos, han podido debilitar el ardor de sus hijos. Cuba progresa; y si logra siquiera verse regularmente administrada, llegará a consolidar su situación política.

Sólo necesita ver con toda claridad el propósito primordial: el **reconquistar su territorio**, la parte de su territorio que ha dejado enajenar. Mucho se ha hecho ya; el número de terratenientes cubanos crece; nuestros colonos pueden ser una gran fuerza al servicio de ese gran fin; la organización de nuestros obreros les promete positivos elementos de bienestar, con provecho claro para todas las clases sociales, si saben abarcar el problema que indico, y concurren a resolverlo.

ENRIQUE J. VARONA

Mayo, 1925.
(*El Figaro*, La Habana)

mesurada, que no imaginación creadora, disimula la aridez de nuestras zonas sentimentales. Nuestra psique, que se manifiesta en esa literatura, requiere quizás tanto método interior como el propio territorio que habitamos. Hemos de abrir comunicación entre extremos de la inteligencia y del corazón que mutuamente se desconocen; roturar las regiones salvajes de nuestro ánimo y poblarlas de altos y dinámicos pensamientos, y donde crece la ortiga, que es amargura en nuestros labios, cultivar nuestro jardinillo. La política y la economía de la razón han de ser las de la voluntad generosa. La más loable obra de arte es la de nuestra propia perfección, y uno de sus síntomas

es el estilo de nuestro lenguaje literario, porque el estilo, en todas sus manifestaciones, es la flor de una civilización.

A mi entender, imitar hoy a Góngora, según recomiendan algunos poetas que se dicen de vanguardia, sería asfixiarnos en la gorguera del jubón y vestir las trusas y el ferreruelo de su siglo. Si existe hoy, como se asegura, un retorno al clasicismo, es decir, a un más armonioso acuerdo entre el ordenado pensamiento y la limpidez de la expresión, nuestro clasicismo moderno, cual fué el de los maestros que veneramos, es pensar, sentir y escribir al compás de la sensibilidad y de la inteligencia de nuestra época. Los clásicos de antaño fueron

los que tuvieron mejor la sensibilidad y la intuición de lo que les era contemporáneo y acaso más familiar. Una literatura verdaderamente nacional será así, y por esos motivos, una literatura clásica, esto es, construída con lo que más de cerca y sinceramente nos impresiona en nuestro ambiente, sin que ello signifique empeño sistemático de limitar nuestra visión del mundo, aunque esta misma visión es condicionada por el sitio que ocupamos en el espacio y en el tiempo. Pero las literaturas nacionales son simultáneas con la conciencia de la modalidad y el destino de cada pueblo, y cuando esas condiciones faltan o se nublan, los propósitos de tener una literatura propia son

tan de «importación» como la de cualquier producto exótico.

Mas ya me extravió en el tupido bosque de las *Soledades* y en las mías se apaga la lámpara nocturna. Es hora de dar término a esta notícula, sin más intención que la de incitar a reeler la obra de Góngora, no para imitarla, lo que a más de imposible sería fatal, sino como gimnasia estilística con que el espíritu se adiestra a penetrar en la belleza cotidiana. Si cuanto aquí me atrevo a discurrir, con interés por nuestras letras, son viejas majaderías, téngase por escrito, según Góngora dice en un verso tenue como un suspiro,

en los anales diáfanos del viento

PEDRO-EMILIO COLL

Uztaritz, Julio de 1927.

Nicaragua intervenida

La diplomacia del dólar

(Véase el artículo precedente en el número antepasado)

Los lectores de *La Libertad* conocen de qué modo desenlazó la lucha civil mantenida entre los efectivos constitucionales de Sacasa y las fuerzas militares del Presidente Díaz. La contienda era desigual; no luchaban frente a frente dos partidos políticos, entregados a sus propias fuerzas; un elemento se interpuso, que decidió la lucha; aludimos a la intervención de las fuerzas de desembarco norteamericanas, que unas veces abiertamente, otras a pretexto de garantizar la paz en determinadas zonas, consiguieron que Sacasa renunciase a prolongar una lucha imposible. Con el objeto de atenuar ese desenlace demasiado cruel, se ha intentado dar apariencia de tregua a la paz pactada; no tregua para reanudar la lucha militar, sino suspensión de la contienda hasta que en 1928 el pueblo nicaragüense, en las elecciones presidenciales, decidiese de un modo soberano cuál es el régimen político que desea. Veamos si esa tregua puede servir de puente para desenlazar en forma constitucional.

El dogal al cuello

Las acciones militares en que intervinieron los efectivos de Díaz y Sacasa han tenido lugar principalmente en la zona occidental de la República. De manera que los rastros de la lucha, tales como destrucciones de riqueza, donde dejaron dolorosa

huella fué en la región citada. Si la lucha adquirió en esa parte de la República carácter enconado débese a que los liberales cuentan con una masa poderosa de opinión en la zona que fué teatro de la guerra civil. Dicho en otros términos, las posibilidades de triunfo de los elementos liberales en las elecciones de 1928 dependen esencialmente de que el sufragio se lleve a cabo libremente y sin coacciones, especialmente en la zona occidental. Mr. Stimson ha dado garantías de que las elecciones se desenvolverán pacíficamente sin presiones exteriores ejercidas sobre las conciencias de los votantes. ¿Es ello posible? Rotundamente decimos que no, fundados en consideraciones que Salomón de la Selva destaca claramente en su mencionado artículo publicado en *Repertorio Americano*.

Están pendientes de liquidación las indemnizaciones debidas a los propietarios perjudicados como consecuencia de la lucha civil mantenida. Para tal fin Díaz creó nuevos impuestos; pero como quiera que el montó de los mismos se hipoteca a los banqueros yanquis prestamistas, según demostramos en un artículo precedente, resultará que no obtendrá indemnización todo ciudadano cuyo sufragio no sea grato a los Estados Unidos; es decir, todo voto que no ratifique la dictadura encubierta, realizada por un presidente acomodaticio y dis-

puesto a seguir las indicaciones de los prestamistas. Dicho en otros términos, el voto emitido a favor de los liberales significará para el elector que así se produzca pérdida de toda indemnización. Ya saben, pues, a que atenerse los ciudadanos de Nicaragua: la recuperación de sus riquezas está ligada a la elección de un presidente compaginador, el cual simbolizará la mediatización irremediable de Nicaragua. Parangónese esa perspectiva con los ofertas de Stimson y dedúzcase lo que serán esas elecciones en 1928: un triunfo pronosticable para los dictadores al dictado de la Wall Street.

Un programa electoral sui generis

Las elecciones presidenciales de 1928, en el supuesto de que Nicaragua pudiera producirse sin intromisiones extrañas, podrían verificarse con sólo adoptar una determinada posición frente al contrato leonino de 21 de Marzo de 1927, y mediante el cual Nicaragua se entrega incondicionalmente a los prestamistas neoyorquinos. Tal vez en los elementos liberales de Nicaragua exista el propósito de ir a la lucha esgrimiendo como programa electoral la repudiación del contrato de 21 de Marzo; pero si ese noble gesto llegase a constituir una realidad automáticamente se percibiría la presión de los banqueros neoyorquinos en forma insoslayable; en efecto, como consecuencia de las cláusulas del mencionado contrato, el presidente Díaz se obliga a depositar (previo un endoso en blanco) en los Estados Unidos las acciones del Ferrocarril del

Pacífico y las del Banco Nacional. Si, por consiguiente, un presidente liberal resultara elegido en 1928, los Estados Unidos, alegando el incumplimiento del contrato de 21 de Marzo, y basándose en las cláusulas del mismo, venderían en Nueva York, en subasta privada, esas acciones. Así, el presidente liberal electo entraría en funciones, encontrándose al inaugurar su mandato con la riqueza de Nicaragua enajenada en forma irremediable. A tales consecuencias condujo el sistema de complacencias realizado por Díaz, continuación de la época liquidadora de Chamorro. Comprenderá fácilmente el lector de *La Libertad* cómo es posible considerar las elecciones de 1928 como el epílogo que sella una servidumbre de añeja raigambre, y que los años al sucederse, han garantizado. Compárese el régimen impuesto a Nicaragua por los prestamistas norteamericanos con el imperante en la menos afortunada de las colonias y dígame si los ciudadanos de aquel infortunado país tienen o no motivos para mirar con nostalgia hacia cualquier dependencia ultramarina.

La segunda experiencia

Los imperialistas norteamericanos no han tenido necesidad de acudir a innovaciones para llevar a buen término su política sojuzgadora en Nicaragua; les bastó con repetir pasadas experiencias. En Méjico la mano oculta de los Sindicatos petrolíferos fué causa de más de un movimiento revolucionario. Pero Méjico es muy grande; el carácter de sus naturales indomable. El fruto era apetitoso; pero la cosecha, difícil. Ahora se piensa en otro sistema; consiste en presentar batalla no de frente sino mediante una táctica envolvente. Arrancando de Panamá y subiendo hacia el Norte, podía ponerse sitio a la fortaleza mejicana,

que constituiría un verdadero emparedado yanqui; así la labor final de los imperialistas yanquis podría realizarse más factiblemente. Nicaragua se ofrecía como un motivo de experiencia; tienen sus habitantes fama de batalladores; si esto es cierto, ¿por qué no enfrentar candidatos complacientes con leaders políticos hostiles al imperialismo yanqui y opuestos a sus demasías? ¿Qué otra cosa representa lo acontecido con el Gobierno constitucional de Solórzano?

La claridad del desenlace, que vista desde Europa es total, parece que no ha sido percibida con la misma nitidez en el Nuevo Mundo; en la América situada al Sur del canal panameño parecen interpretar como una lucha local la que se ventila en Nicaragua. Ignoran que la batalla que ahora se libra constituye un mero episodio, considerada dentro de los propósitos del imperialismo norteamericano. Una vez iniciada la acción imperialista, la meta no existe; la tendencia imperialista tiene como característica el ver incrementado su apetito a medida que se satisfacen las primeras necesidades. Panamá es una etapa, no un epílogo; constituye un punto de arranque, del cual parten para llevar a cabo futuras acciones en Suramérica. Pero en esa parte del Nuevo Mundo el localismo triunfa plenamente, con explicable satisfacción del imperialismo yanqui; pueblos nacidos para ser hermanos se observan, y allí donde debiera reinar la cordialidad impera la mutua desconfianza. Sólo así se explican realizaciones como la de Nicaragua; el imperialismo yanqui se nutre a expensas de la insensibilidad del resto de América, y todo hace suponer que nadie vendrá a turbar su pacífica digestión.

CAMILO BARCIA TRELLES

(*La Libertad*, Madrid).

Bibliografía titular

Libros y folletos recibidos en la semana

- FRANCISCO DONOSO. (Casilla 3417, Santiago de Chile).—*Al margen de la poesía*. Ensayos sobre poesía moderna e hispano-americana. Agencia Mundial de Librería. París.
- FRANCISCO DONOSO.—*Poemas interiores*. Prefacio de D. Julio Vicuña Cifuentes. Agencia Mundial de Librería. París.
- LUIS FRANCO DE ESPÉS, Barón de Mora.—*En el camino...* Novela breve. Ilustraciones de M^a. Mercedes Lario y Leopoldo Castan. Espasa - Calpe. S. A. Madrid.
- AMADO VILLAR. (Río de Janeiro. 262. Buenos Aires. Rep. Argentina).—*Versos con sol y pájaros*. Canaan. Sociedad de Publicaciones el Inca. Vol. 2. Año 1. Buenos Aires.
- JULIO CÉSAR FORD (Buenos Aires. Rep. Argentina).—*El señor Zamora. Un incendio. Lugares*. Buenos Aires. 1927.—*Santiago Roque Palazzo*. Su vida pictórica. Buenos Aires.
- MARIO CÉSAR GRAS (Guaileguaychi. Rep. Argentina).—*La casa trágica*. Novela. Buenos Aires 1927.
- EUGENIO FLORIT. (Aguilar 28. Habana. Cuba).—*32 poemas breves*. La Habana. 1927.

La revista

Cromos de Bogotá

En la administración del REPERTORIO AMERICANO hay la posibilidad de conseguir ejemplares nuevos de la revista *Cromos de Bogotá*. Como se trata de un semanario ilustrado de hermosas letras y de mucho crédito en Colombia, no dudamos que algunos de los colombianos y costarricenses que nos lean nos soliciten luego la suscripción. Disponemos de los números 553, 554 y sucesivos. Vendemos el cuaderno a razón de **¢ 0.75**, puesto en cualquier lugar del país.

Al mismo precio, a **¢ 0.75**, vendemos también AMAUTA, la notable revista de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica que edita en Lima José Carlos Mariátegui. Disponemos del número 1 al 8, el último que ha salido.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica :INTERLAB, Madrid.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Cervecería TRAUBE se refiere a un em-singular en Costa experiencia la colo-

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

AHORA, a la escuela de l'Ermitage, en el centro de Bruselas, donde el método Decroly se aplica a los niños normales.

Dos grandes castaños tutelares bajo los cuales juegan unos treinta niños belgas; mejillas rojas, ojos burlones de cuadro flamenco, delantales coloreados.

Otra sección está en clase. Entramos. Los niños trabajan sobre mesas llenas de láminas y de materiales de cartonaje. La tarima de la maestra está vacía; ella va de una mesa a la otra.

Es una clase de composición. El niño pega en su cuaderno un grabado de asunto doméstico y va a hacer, al pie, la breve descripción suya. Las palabras que necesita están en una caja llena de cartones menudos. El va buscándolas con una risueña paciencia. *La... mamá teje... una... media.*

Sigue buscando las otras palabras. En media hora ha acabado la composición que se lee entera debajo de la lámina.

Trabajan en un silencio impuesto por la búsqueda y no por la orden seca de la maestra, es decir, el silencio viene de la labor misma. No se les ve atareados ni perezosos, *sino vivos*: el ojo busca, la mano coloca, y, al acabar una frase, él lee o comenta.

Cientos, miles de láminas. Es la escuela de la imagen más que de la palabra. Son los objetos domésticos—las sillas, el lecho, las mesas;—son las herramientas de trabajo—la azada, la barreta, el yugo;—son las flores—la tulipa flamenco, la tulipa casi heráldica de los Países Bajos—; son la rosa, el jazmín, la azucena, las formas patricias entre las flores, forma floral en estrella, en copa, en abullonado. Es la ciudad—la torre, la plaza, el tranvía, el movimiento.

Pero sobre todo son las cosas mismas, palpadas, volteadas, hurgadas por los niños. La lana, el algodón, la arcilla, la madera, el mármol, etc.

Las cosas antes que la imagen y la imagen antes que el nombre.

Se dirá que esta fórmula está contenida en todas las pedagogías clásicas. Sí, pero nunca pasó de concepto a hecho. Y en Decroly ella es acto de cada momento. ¡Menuda diferencia!

El maestro Decroly ha hecho



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

El método Decroly

=De El Mercurio—Santiago de Chile=

un programa a base de los que llama "grupos o centros de interés". Estos centros de interés son cuatro: la alimentación, la necesidad de luchar contra la intemperie, la defensa y el trabajo en la comunidad. En la escuela del doctor Decroly se estudia un solo asunto por año. La defensa, por ejemplo, considerada en todos sus aspectos en torno del niño que es el eje y ensanchándose en círculos concéntricos (la familia, la escuela, la sociedad, los animales, los vegetales, la Tierra, el Sol). Cómo se defiende el niño—sus gritos, sus uñas, sus dientes, su acción—cómo se defienden las plantas, los animales—las espinas, los venenos, las garras, mimetismo—cómo se defiende el hombre aislado y en sociedad—armas, policía, bomberos, etc. De círculo en círculo el conocimiento trabado con la vida crece y se ahonda. Las nociones no se dan aisladas. En torno de la noción *del fuego* se colocan desde el bosque y la mina hasta la estufa, la cerilla, la lámpara.

Los muros de las salas están llenos de los cuadros sintéticos. Recuerdan la composición ingenua y coloreada de la pintura italiana primitiva y también el burlesco Bruegel flamenco: al centro una gran llama roja. Alrededor, un hombre que tumba un árbol, otro que lo corta. Una vieja prepara el almuerzo. Una locomotora desahorada, con sus crestas de humo. Una mesa con la veladora eléctrica: un mechero aislado de gas.

Verdadera monografía del fuego.

El niño habla desordenadamente, sin el cliché de la respuesta pedagógica, delante del cartón que contiene la síntesis coloreada del motivo.

Cultivo ejemplar de la vista que describe cuidadosamente y buen ejercicio de la imaginación, porque la sala se pue-

bla de la escena lejana hecha presente: forja o mina.

En torno del fuego, el elemento bello por excelencia, se agrupan los oficios del fuego: el deshollinador, el herrero, la cocinera. Y como la materia sólo es preciosa para el niño cuando arde, o se funde, o se exhala en olor: aquí está también la pequeña cocina donde los niños encienden el fuego y manejan unas marmitas de casa de muñeca; y aquí los fogones de barro que ellos construyen.

La escuela Decroly es utilitaria, por realista. Algún mal crítico quiso ver en ella una cosa sentimental. El conocimiento es directo; la acción inmediata.

Esta es la vida, sencillamente la vida. No hay clase, lo que en todos los tiempos se ha llamado clase: los bancos enfilados con los cuerpos tiesos y la cara vuelta a la maestra-pitona; la colección estúpida de interrogaciones formales y el niño de pie, con miedo o aburrimiento haciendo algo tan forzado como la presentación de armas del soldado...

La Tierra.—Y es el globo con sus zonas naturales marcadas como en un dibujo futurista.

El gran cartón del trópico: el plátano lacio de calor, el cafetal menudo; los negros en la recolección; el sombrero inmenso de Tehuantepec; la hamaca cubana; la piña geométrica como un diseño cubista.

El cartón de la tierra fría: el llano duro, de plata, de la Patagonia o de la Siberia; los pinares negros haciendo con él su seca agua fuerte; el hombre polar del trineo y de las botas altas; la casa aplastada que hace el frío.

Se dirá que el programa de la escuela antigua contiene las mismas materias. Sí, pero menos articuladas, debilitadas por

el desmigajamiento y sin irradiación vital.

Pasamos a la sala de gimnasia y canto. También aquí la ausencia de formalismo. En vez de la fila, el canto en ronda, unido a movimientos *naturales* asistidos de gracia. Nada de ejercicios duros a lo *scout*, nada de gimnasias militarizadas y militarizantes. Música creada por las maestras o viejas melodías walonas o flamencas con *palabras* domésticas. Asuntos familiares que hacen de la canción escolar cantinelas para ser cantadas en medio de la familia; el canto no se queda en la sala de clase: sigue al niño, entra con él en su casa. Un sentido del ritmo de gaza vieja, eso que en América, tienen los niños de México y del Perú.

Sencillez, una sencillez escolar, no vista antes en ninguna parte por nosotras. Ni edificio suntuoso, sino cuatro salas familiares; ni maestras protocolares, sino mujeres con infancia detenida en el corazón; ni jardín decorado a lo Versalles, o a lo parque inglés, por jardineros de oficio, sino el pedacito de tierra en que las manitas torpes, las pequeñas manitas rojas, plantan aquí y allá, sin geometrías pedantes.

Un detalle pueril, pero que dice muchísimo: la voz de las maestras. Las voces de mando no se oyen por ninguna parte. Sobran porque no hay *formaciones*.

Casi no existe el horario: la maestra suspende la clase cuando se ha acabado el trabajo: horario también natural que vela más que el otro por la fatiga de los niños.

Clara escuela belga, tibia de cariño, asentada sobre el rescoldo bueno del sentimiento; y activa, con actividad sin espoladura. Describirla casi es dañó, porque se la mete en sistema, y no tiene sistema de ensambladura helada; hay que verla y, sobre todo, sentirla en muchos días, sin prisa. Así se la *recibe* y se la incorpora suavemente.

GABRIELA MISTRAL

Paris, noviembre de 1923.



Cartas alusivas

México, 2 de Septiembre de 1927

Sr. Joaquín García Monge,
Director de *Repertorio Americano*.
San José, Costa Rica.

Muy estimado García Monge:

En el número de *Repertorio Americano* correspondiente al sábado 6 de agosto de este año, encuentro reproducida la carta que, con fecha 27 de abril, me dirigió el escritor José Carlos Mariátegui a propósito de un artículo mío titulado *Iberoamericanismo Utilitario*, que también reproduce usted en una de las páginas de la misma publicación.

El origen de esa nota fue un desahogo de Alberto Hidalgo que Mariátegui reprodujo probablemente por un descuido involuntario—su honradez lo aleja de toda sospecha de voluntario descuido—en la revista *Amauta* que, según he sido informado, fué suprimida en el Perú por orden del Presidente Leguía. A la carta de Mariátegui respondí la que le envió anexa, confiando en que, por una razón de estricta equidad, la hará usted aparecer en el mismo sitio de *Repertorio* en que halló acomodo la que le dio origen.

Ahora bien, concluido este incidente, no me quedaría sino anticiparle por ello mi personal agradecimiento si, de entonces acá, no hubiesen mediado algunos hechos de importancia en que la personalidad de José Carlos Mariátegui y la de otros redactores de *Amauta* ha cobrado un súbito interés internacional. Me refiero al encarcelamiento de escritores acaecido en el Perú hace algunos meses y al destierro de otros: Serafín Delmar y Magda Portal que se hallan ahora en México. Ante la nobleza y el sacrificio de estos espíritus sinceros ¡cómo palidecen las diferencias que tiñe la oportunidad! Y no queda, en el corazón y en la inteligencia, sino el despertar de un alto afecto humano.

En las filas de este iberoamericanismo—que no es el utilitario a que me referí—no quisiera que nadie me ganara el lugar de *voluntario* vehemente que ocupó. Por esto tal vez imagino que la publicación de estas líneas en *Repertorio* no sería del todo inútil al lado de la carta—contestación a Mariátegui. Ellas lograrán aclararla, quitándole todo aspecto de amargura, y encerrarla en el marco de justicia que, para este género de observaciones, deberíamos todos igualmente ambicionar.

De usted con el afecto de siempre, amigo devoto,

JAIME TORRES BODET

México, D. F., a 21 de mayo de 1927.

Sr. José Carlos Mariátegui,
Director de la Revista *Amauta*.
Sagástegui 669.
Lima, Perú.

Muy señor mío:

Al recibir su carta del 27 de abril último me apresuré a releer—con el detenimiento que su solicitud reclamaba—el ar-

tículo mío que, con el título de *Iberoamericanismo Utilitario*, publicó *Revista de Revistas* en su edición N.º 880 y crea usted que deploro no haber encontrado en él una frase equivocada o simplemente una violencia indebida de tono que me dieran la oportunidad, muy grata, de emprender la rectificación que usted pide, ya que rectificarme es mi ocupación favorita.

Pero es el caso que, en el artículo de que hablamos, no hice responsable a *Amauta* de las opiniones de Hidalgo denigrantes para México (que usted llama amablemente *boutades*) y sólo cité a *Amauta* como el lugar en que las había recogido, obligándome a ello una elemental honradez de escritor. Si la opinión de usted y de sus compañeros de redacción no coincide con la de Hidalgo—y usted me lo asegura—no me quedará sino felicitar a usted y a ellos por su buen sentido. Pero de esta felicitación a la rectificación que quiere media una distancia que sólo la deferencia pudiera invitarme a recorrer.

El hecho de que el artículo de Hidalgo haya aparecido en la sección de *Libros y Revistas* de *Amauta*, no salva a esa revista de la peligrosa responsabilidad de haberlo amparado, porque si bien la hospitalidad tiene sus deberes, también tiene sus derechos de selección muy claros y usted no parece haberlos ejercitado con la precisión que sus sentimientos iberoamericanos hubieran exigido. Por otra parte, decir—como usted agrega—que el *rincón bibliográfico* de *Amauta* no es *Amauta* misma, es hacer poco favor a la mentalidad del personal que está encargado de enriquecerlo.

Como usted ve, no he incurrido en ningún error de ligereza al creer a *Amauta* de acuerdo con la opinión de Hidalgo y si alguien está obligado a aclarar el criterio iberoamericano de esa revista es usted mismo o quien de ello se encargue en la publicación que dirige.

De usted atento y seguro servidor,

JAIME TORRES BODET

¿También Sacasa?

En la lucha tenaz que sostenemos en pro de la integridad territorial de nuestra América debemos saber con quiénes contamos.

En el *Herald Tribune Magazine* del domingo 28 de febrero encontramos las siguientes palabras de William Hard en su artículo: *A Diplomat of Continuity*:

Yo sé y aseguro que el leader de los liberales, Sr. Sacasa, pidió personalmente la ayuda de nuestra marina de guerra con el objeto de obtener la Presidencia de Nicaragua. (Pág. 29.)

Ahora bien, a nosotros poco nos importa que los liberales o los conservadores estén en el poder siempre que se conduzcan como verdaderos patriotas. Si es verdad lo que asegura Hard, el Sr. Sacasa es tan traidor a la causa americanista como el Sr. Díaz.

El Sr. Sacasa tiene la palabra.

New York, 1927.

A. TORRES RIOSECO

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior. » 8.00 dólares.

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA!

El Estado y el Pensamiento

=De *La Prensa* de Buenos Aires. Artículo titulado *Paradoja de la censura*.=

...Hace poco leía yo el tratado de Cicerón *De los oficios*. La lectura es curiosa. La edición que yo utilizaba es del célebre crítico francés del siglo XVIII Du Bois—uno de los antecesores del intuicionismo en la estética, en la crítica literaria. En mi lectura de la obra de Cicerón, uno de los pasajes anotados por mí, en el principio del capítulo XLIV del libro I se refiere a la influencia de los grandes hombres en la marcha de las naciones.

«¿No es verdad que gracias a las luces y a los cuidados de la gente de estudio han sido formados tantos grandes personajes y se han convertido en mejores ciudadanos y más útiles a la República?» Estas palabras tan exactas, tan profundas, de tan amplia perspectiva intelectual, las recordaba yo, etc.....

...¿Sucede algo terrible, catastrófico, cuando en momentos de crisis honda para un país, los gobernantes serenos, firmes en su misión, conservan la libertad de la prensa? No sucede nada; no se hunde nada; no se disgrega nada. Y si fuéramos a ahondar un poco, veríamos, apoyándonos en esa sucinta reflexión del gran orador romano citado al principio, que sin la libertad de prensa, es decir, del pensamiento escrito, un país no puede prosperar, marchar, desenvolverse. Con censura gobierna todo el mundo; sin censura gobierna quien la opinión quiere que gobierne. Se alegan el orden y la paz públicos para su coonestación, cuando se habla de la censura. Es verdad; no se puede negar. En un salón donde no hay un debate en alta voz, donde no se habla reina el silencio. El orden por la fuerza, es perfecto en un país donde se emplee la coacción para lograr el orden. La recta intención, los nobles propósitos, el patriotismo de quienes creen en tal terapéutica social, no podemos ponerlos en duda. No se trata de eso. Se trata, sí, de examinar imparcialmente, con desapasionamiento, si las ventajas de un orden material perfecto son superiores a las ventajas de la libre exposición del pensamiento. El pensamiento es cosa complicada y sutil; para producirse necesita un excitante continuo y poderoso. Necesita el contraste con las cosas y las ideas; necesita destruir y crear. La disociación de las ideas es una parte,—fundamental—de la función de la inteligencia. La inteligencia produce inteligencia; es decir, se fecunda a sí misma. No puede darse esa fecundación sin una libertad omnimoda, perfecta. En lo antiguo, aun estando identificados la religión y el Estado, los gobernantes tenían el espíritu abierto a las posibilidades de una compatibilidad entre la libertad de pensamiento y la vida del Estado. Las posibilidades de esa compatibilidad podían ser pequeñas, tenues, míseras; pero existían y se iban haciendo mayores cada vez, de siglo en siglo. Eran, pues, los hombres de gobierno los mismos que, desde las alturas del poder, iban tratando de ensanchar el dominio de las posibilidades. Y poco a poco, en efecto (y lo prueba, por ejemplo, la lucha por la abolición del Santo Oficio) el resquicio entre el Estado y la libertad de pensamiento iba siendo más ancho; por él iba entrando cada vez más la luz; la separación entre uno y otro concepto se hizo al fin; la libertad de expresión se logró al cabo, plenamente.

En los tiempos modernos, recientemente, ya lograda esa conquista espiritual, el fenómeno social antiguo ha reaparecido a la inversa; son los gobernantes, desde el poder, quienes implantan, justifican, defienden

la limitación y restricción del pensamiento escrito. En tanto que desde fuera del círculo del Estado se clama por esa libertad, en el Estado se lo condena sistemáticamente. En lo antiguo, aparte de las minorías reducidísimas intelectuales, aparte personalidades eminentes—un Montaigne, por ejemplo, un Rabelais—era la masa entera de los ciudadanos quien permanecía indiferente ante la limitación del pensamiento o reclamaba su restricción. En la actualidad, el panorama político que se nos muestra es otro muy diverso. El orden material, la paz, el sosiego público piden la implantación y el mantenimiento de un régimen de censura.

Y preguntábamos: ¿vale la pena para lograr un orden material, más o menos eficaz, más o menos duradero, el sacrificar la expresión del pensamiento escrito? Todo se produce y marcha en el mundo gracias a la inteligencia. En un país, la mayor o menor densidad de la inteligencia forma un ambiente moral de mayor o menor civilización. El comercio, la industria, las artes todas, dependen del excitante de la inteligencia. Se dice que todas esas actividades necesitan imperiosa e ineludiblemente el orden y el sosiego para su desenvolvimiento. Pero se olvida que sin la libertad de expresión, sin la libertad intelectual, esas, ni otras ni ningunas actividades podrían subsistir. Porque todo en la vida es iniciativa; porque la iniciativa fecunda, bienhechora, es disconformidad, separación de lo anterior, oposición a lo recibido. Y sin la libertad de expresión, la floración de las iniciativas decae, se agota, acaba por desaparecer. Donde no existe la disconformidad, no cabe más que la monotonía gris, la uniforme acoplación a lo ya sabido. Y ahora imaginémos un país en que las iniciativas—producto de la disconformidad—vayan disminuyendo. Poco a poco, la industria, el comercio, las artes liberales y mecánicas todas irán, a la par, decayendo, amortiguándose, consumiéndose. Habremos llegado, al cabo, a la paradoja siguiente: para mantener el orden, hemos suprimido la libertad de pensamiento; el orden lo reputábamos esencial, indispensable, para la marcha y progreso de las actividades nacionales. Pero, asegurado el orden, sistematizado el orden, logrado un perfecto e inalterable orden, nos encontramos, al cabo del tiempo, con que el orden ha matado esas mismas actividades que deseábamos salvar. Y la nación entera, sin la levadura maravillosa de la libertad de expresión, perecería.

AZORÍN

Madrid, 1927.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.

Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	\$ 6.00 oro am.

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

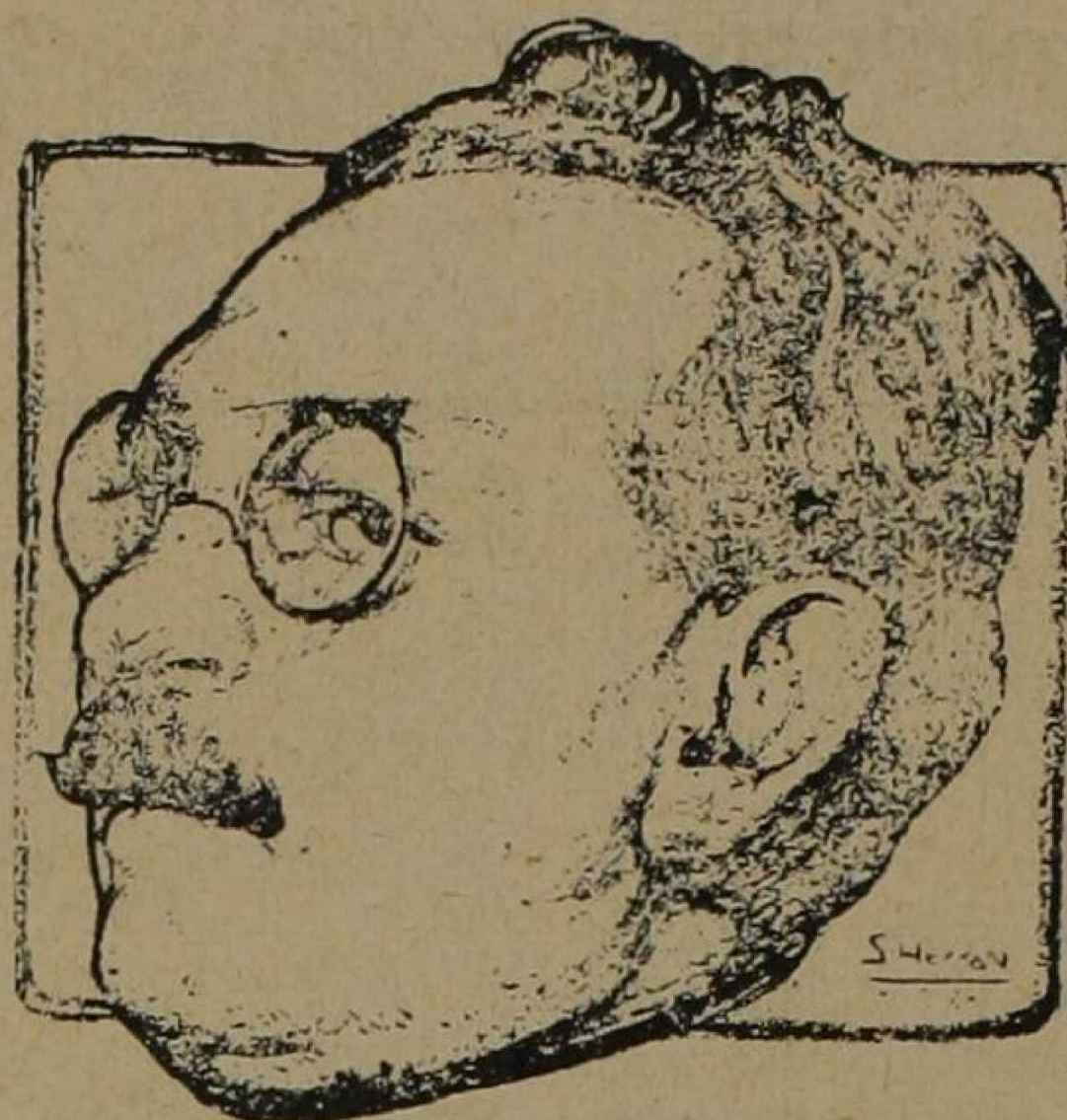
LA admiración que siento por este gran poeta, sin duda el más sustantivo del presente literario de México, viene de ocho años atrás, cuando en la ciudad de San Salvador dirigía yo el diario *La Palabra*, en el que, siguiendo la tradición colombiana, daba una página de versos los sábados, con el deliberado propósito de que la lectura de ella, sirviera a los suscriptores del periódico, para matar sus ocios dominicales. De ahí, que cuando supe que había llegado a México Enrique González Martínez, procedente de Madrid, donde representa a su país con la alta investidura de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, me apresurase a escribirle solicitando una entrevista, que me concedió gentilmente, a vuelta de correo, con palabras generosas que comprometen mi gratitud.

González Martínez, quien se encuentra aquí en uso de vacaciones, vive en una linda casita (sería más justo llamarla bombonera), ubicada en la «Colonia Roma», que es el barrio señorial y aristocrático de la ciudad de México. Después de ascender por elegante escalera, lujosamente tapizada, que da aire de intimidad a la residencia del poeta, mi vista tropieza, en el hall diminuto, con un pequeño librero repleto de volúmenes. En las paredes: sarapes, lacas, mayólicas, cuadros y estofas.

El poeta, al que sorprendo en la sala pedaleando una pianola *Sheffer*, me recibe cordialmente. Empezamos a conversar. No me lo figuraba tan bien conservado ni de tan recia contextura. Es moreno. De ese moreno apiñonado, común entre los árabes. Sus ojos grandes y oscuros, miran franca, leal y fijamente, tras de gruesos cristales engastados en arillos de carey. Más bien alto que bajo. Da impresión rotunda de fortaleza física. Llega uno a pensar, al verlo, que con un poco de entrenamiento gimnástico, habría podido llegar a ser atleta.

González Martínez, es de esos hombres sin resquicios ni gavetas. Quizá es demasiado franco para diplomático; aunque hoy día no sea ya la diplomacia juego pueril de zalemas, sonrisas y galanteos. El diplomático moderno, no es criado obsecuente de su soberano o de su gobierno, sino hombre de iniciativas propias, que habla en representación de todo un pueblo, con la autoridad que presta a su misión el convencimiento íntimo de luchar por los más elevados sentimientos de confraternidad universal.

Después de las frases usuales entre personas que conversan por primera vez, abordo resueltamente el tema central de mi entrevista, esencialmen-



El ideal poético de Enrique González Martínez

te literaria. Al saber el doctor González Martínez, que soy colombiano, me habla con entusiasmo de mi patria, y recuerda la amistad que le liga con varios de nuestros poetas: Ricardo Arenales, al que admira muy de veras, y juzga más mexicano que colombiano; Leopoldo de la Rosa, que vivió varios años en esta altiplanicie maravillosa; Rash Isla y José Eustasio Rivera, con quienes sostiene correspondencia; Ismael Enrique Arciniegas, al que conoció en París.

González Martínez es oriundo de Jalisco. Empezó a escribir versos a los diez años. Su inclinación a los renglones cortos, le viene de su madre, que los hacía muy bellos, por pura afición, pues no publicó nunca ninguno de sus poemas. Editó su primer libro, *Preludios*, a los treintidós años. Estudió medicina en Guadalajara, con singular aprovechamiento. Su tesis de grado (dato que consigno para uso especial de los críticos norteamericanos, con Isaac Goldberg a la cabeza) versa sobre *Los procedimientos de dilatación de la matriz*. Ejerció su profesión en algunas poblaciones del Estado de Sinaloa.

Pertenece a la generación de Amado Nervo, el Chucho Valenzuela, Tablada, Efrén Rebolledo, Urbina, Rafael López, Olaguibel y Manuel José Othón, cuyo órgano de publicidad fue la famosa y no igualada *Revista Moderna*, que sirvió de palenque no sólo a los escritores mexicanos, sino a casi todos los de relieve del Continente, que enviaban a ella sus producciones inéditas.

Habla con entusiasmo de los valores literarios actuales de España. Empezando por los novísimos, nuestra conversación recae en Guillermo de Torre, Director, con Giménez Caballero, de *La Gaceta Literaria*, de Ma-

drid, quien parece orientarse ahora hacia la crítica, como lo prueba su libro sobre *Las Literaturas Europeas de Vanguardia*. Hace referencia también a los poetas de Diego Salinas, Alberti y García Lorca. Noto que no externa preferencias; que admira sin fijarse en catalogaciones cronológicas. Tiene palabras de cariño para los veteranos de la pluma: Valle Inclán, los Machados, Jiménez, Baroja, Díez Canedo. Del último—me dice—que es el que mejor conoce el movimiento de la literatura hispanoamericana, de la que se ocupa, casi diariamente, en sección especial de *El Sol* de Madrid.

Le pondero el valor de la joven literatura argentina. Coincide conmigo en la admiración por los benjamines rioplatenses: Borges, Brandán Caraffa, Guiraldes, Ferrería, Castelnovo, aunque no los cree superiores a los mexicanos: Novo, Villaurrutia, Torres Bodet, González Rojo, Gorostiza, etc.

Al tanto de la actual discusión relativa a la poesía pura, suscitada por Henri Brémond, que tanta tinta hace correr en Francia, le pregunto al vate mexicano, ¿cuál es su ideal poético? Casi sin pensarlo (maravilloso improvisador), me responde: *traducirme a mí mismo y expresar mi inquietud ante la contemplación de la vida*.

Entusiasmado con su sapiencia, someto a su arbitraje la discusión que tengo pendiente con Alfonso Reyes, quien impugna la afirmación hecha por mí, de que José Asunción Silva es superior a Ruben Darío, porque aquel vivió su ideal poético, mientras que éste se forjó un mundo aparte, distinto de su realidad cotidiana. A lo que el autor de *Simpatías y Diferencias* replica: «no puedo compartir el juicio de Ud., de que Silva es superior a Darío porque en éste hay una contradicción entre la vida y la obra, pues tal juicio no me parece de orden literario, y con la palabra del gran Rodó, creo que muchas veces lo mejor que el arte tiene es ser un desquite contra la vida, lo que en lenguaje vulgar llamaríamos una mentira, y en lenguaje estético, una «creación» nueva, diversa de la realidad cotidiana.»

Antes de despedirme, González Martínez, con quien he pasado una de las horas memorables de mi vida, extremando sus amabilidades, me obsequia con su retrato. Le estrecho la mano, y salgo a la calle jubiloso, pensando en que debo señalar con piedra blanca el fausto día, en que los hados benévolos, me permitieron platicar en la mayor intimidad, con uno de los más altos poetas de habla castellana.

MARIO SANTA CRUZ

México, D. F.

JAIME Torres Bodet deja el verso para escribir una linda novela en prosa: *Margarita de niebla*, publicada por la Editorial Cultura. Va siendo campo propicio para los poetas el de la novela. A medida que la narración novelística se va despojando del dato meramente anecdótico, la poesía tiende a ocupar su lugar, llevando a los capítulos el matiz, la nota sugerente, la afinada visión del paisaje y de las almas. Marcel Proust, Paul Morand, entre los modernos, han cambiado definitivamente la orientación de la novela, y han hecho bien. El comediógrafo que ha venido a trastornar todos los sistemas de diversión o de arte popular, que lo mismo obliga al teatro a definirse que se constituya en periodismo muy al alcance de las muchedumbres, ha obligado a la novela a buscar camino propio a su desarrollo. Queda para la pantalla el argumento, la acción, la aventura. Nadie leerá muy pronto novelas en que todo sea movimiento. El cinematógrafo se apoderará de ellas, le servirá de base para sus escenarios; serán, en definitiva, las únicas válidas para convertirse en película.

Al teatro le ha sucedido exactamente lo mismo. La desorientación absoluta en que se encuentran los dramaturgos modernos tiene por causa especial la invasión lenta, pero segura, de la película en el escenario. El dramaturgo tendrá que abandonar un terreno considerado ya como suyo. Imposible disputar al cine la facilidad de adaptar al objeto buscado, paisajes y actores, como imposible es al cine disputar al teatro el elemento que constituye su razón de ser: la palabra. Volverá entonces a los escenarios apenas esbozados, a la farsa primitiva, al misterio medioeval.

El autor de *Margarita de niebla* ha encerrado su obra dentro de los límites de una bella novela moderna. La ha despojado de todo carácter anecdótico, de todo afán de aventura. El hombre que nos va diciendo, sin decirlo

La novela de un poeta: *Margarita de niebla*



Torres Bodet

casi, cómo le ha llegado al alma la imagen de una mujer que apareció después de otras, más precisas, más definidas, que dejaron su huella en el corazón del protagonista. «De los síntomas de todas las enfermedades que padezco los que no me equivoco nunca en identificar son los del amor. Puedo precisar qué impresión lo ha precedido siempre en mi historia. Fué, en el caso de María Eugenia, la voluntad de contar esas estrellas que nacen en otros ojos profundos, junto a los nuestros. A Luisa la amé sin deseo, por convencimiento. Fría como una ciencia exacta, me apasioné de ella y la tomé como se toma una profesión. Antes de querer a Enriqueta la odiaba tanto que el amor no cambió mucho nuestras relaciones. Era antipática, fea, irresistible. Tenía un cutis curtido ya, a los veintidós años, por el salitre de las ambiciones. Hablaba de joyas,

de negocios, de literatura, con la misma pasión indiferente. No le gustaba nada porque lo pretendía todo y dejó de interesarme, como una mala novela, cuando empezaba a preocuparse por lograrlo, a fuerza de complicar sus situaciones en enredos. Ha sido pues, hasta ahora, un corazón lógico.

»El caso de la Srta. Millers es diverso. Creo llevar años de conocerla. ¡Hay mujeres así, vestidas de biografía! La recuerdo en varios planos como si su imagen se reflejara en una fila de espejos paralelos. Es, primero, su imagen inmediata la que atisbo: grande, precisa, un poco dura a fuerza de realidad, despegada apenas del reflejo que la aprisiona. Luego, es otra más pequeña, ya abstracta, inundada de mí y otra y otra, siempre retrospectivas, naciendo cada vez de una corteza más antigua de intimidación, hasta la ima-

gen última, pequeña y absolutamente mía, ahogada por completo en el espejo de la memoria que ha vuelto a juntar sus aguas, como el Mar Rojo en la ilustración de un libro escolar, sobre la diminuta caravana sumergida.

El alma va recorriendo su camino y contemplando los paisajes que interesan más a ella: el rostro de la amada, las figuras de los seres familiares que la rodean. Simpatiza o antipatiza con los amigos. ¡Ese Otto que atraviesa por las páginas de la novela con su apellido que recuerda un estornudo, abrigado siempre, temeroso siempre de una neumonía...!

Y aparece otra mujer: Paloma. El autor nos la pinta con minuciosa complacencia. «En contra de lo que esperaba, es más alta que Margarita. Sus cabellos, cortados a la Bob, no tienen esa facilidad sentimental que deshace—fatiga anticipada—las trenzas de su amiga. No veo sus ojos, sino la mirada con que en vez de examinarme, parece satisfecha de reconocermé. No adivino sorpresa en su ternura...»

¡Cómo van cambiando los perfiles de los personajes a impulso de ese ritmo interior que los anima! ¡No son siempre los mismos; varían, cambian! Hoy son, mañana dejan de ser. El paisaje de una ciudad, el campo contemplado a través de una ventanilla de ferrocarril, una palabra pronunciada al azar, son poderosos a producir en los cuerpos una transfiguración insospechada. Ello le da una fuerte consistencia de modernidad a esta novela, y también su estilo sugerente, pleno de matices, elegante e impregnado de una poesía vagarosa que es, sin duda, el más bello don del poeta.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

México, D. F.

La décima musa

El humorismo poético de Leopoldo Lugones

Desde la ya remotas páginas de *Las Montañas del Oro* hasta los recientes y no compaginados *Poemas solares*, Leopoldo Lugones ha hecho gala de un fino humorismo de poeta, más intelectual que lírico. Puede decirse que superó el mandato de Darío: «Cuando una musa, te dé un hijo queden las otras ocho en cinta.» El fecundó también a la décima musa, la más moderna y la menos rendida de los poetas de América.

El *esprit* de Lugones aparece mezclado, como en Heine, al sentimiento romántico del amor. En una cuarteta de *El libro fiel* hace conscientemente su definición:

Mas yo he preferido con mi obra de amante,
Dar aquella cosa pequeña y total,
Que es el cristalino primor del diamante,
La chispa sabrosa del grano de sal.

Para certificarlo, he aquí algunos ejemplos extraídos de sus libros. No obstante su brevedad, estos versos ofrecen, en conjunto, una idea clara del humorismo lugoniano, presente, como dijimos, en toda su obra poética.

ENRIQUE ESPINOZA

Lector, este ramillete
Que mi candor te destina,
Con permiso de tu usina
Y perdón de tu bufete;

No significa en ninguna
Forma, un anárquico juego,
O un desordenado apego
Por las cosas de la luna.

Pasatiempo singular
Tal vez, aunque hartó inocente,
Como escupir desde un puente
O hacerse crucificar;

Epopeya baladí
Que, por lógico resorte,
Quizá sirva a tu consorte
Para su *five o'clock tea*...

Del Prefacio de *Los crepúsculos del jardín*

De *El solterón*

Ahora, una vaga espina
Le punza en el corazón,
Si su coqueta vecina
Saca la breve botina
Por los hierros del balcón;

Y si con voz pura y tersa,
La niña del arrabal
En su malicia perversa,
Temas picantes conversa
Con el canario jovial;

Surge aquel triste percance
De tragedia baladí:
La novia... la flor... el lance...
Veinte años cuenta el romance.
Turguenev tiene uno así.

Del mismo libro.

De Emoción aldeana

Con sonora mordedura,
Raía mi fértil mejilla la navaja,
Mientras, sonriendo anécdotas en voz baja
El liberal barbero me hablaba mal del cura.
A la plática ajeno,
Preguntábale yo, superior y sereno,
(Bien que con cierta inquietud de celibato)
Por sus dos hijas, Filiberta y Antonia;
Cuando, de pronto, deleitó mi olfato
Una ráfaga de agua de colonia.

Era la primogénita, doncella preclara,
Chisporroteada en pecas bajos rulos de cobre.
Mas, en ese momento, con presteza avara,
Rociábame el maestro su vinagre a la cara,
En insípido aroma de pradera pobre.

Harto esponjada en sus percales,
La joven apareció, un tanto incierta,
A pesar de las lisonjas locales.

Por la puerta,
Asomaron racimos de glicinas,
Y llegó de la huerta
Un maternal escándalo de gallinas.

Cuando, con fútil prisa,
Hacia la bella volví mi faz más grata,
Su púdico saludo respondió a mi sonrisa.
Y ante el sufragio de mi amor pirata,
Y la flamante lozania de mis carrillos,
Ví abrirse enormemente sus ojos de gata,
Fritos en rubor como dos huevecillos.

Del mismo libro

De la oda *A los ganados y a las mieses*

Algún claro domingo van al pueblo
Con los chiquillos, en volanta propia.
El padre, en su chaleco desprendido,
La cadena de plata ostenta airosa.
Su mujer lleva un rebosillo verdé,
Y va en sus seis enaguas muy sonora.
La niña que ya tiene costurera,
Luce un vestido azul con volado «en forma»,
De granadina negra, cinto de hule,
Zapatos blancos y peinado de onda.
Al estribo saluda el comisario
Muy orondo, atusándose la mosca,
Con su golilla negra y su chambergo
Agachado en visera presuntuosa.
El colono, torcido en el pescante,
Ayuda a la consorte sofocona,
Que reprende a un hirsuto rubiecillo
Y contiene a otros dos con mano pronta.

—¿Cómo va, amigo Pietri?

—Eh, don Ramírez

Cosí... cosí...

—¿Y usted mi doña Rosa?

¿Y usted Beppina?

La muchacha que a esto

Va bajando, responde un tanto corta:

—Yo, bien no más...

—Proprio come la mamma,

Completa el viejo, y ella, coquetona,
Ríe al saltar, pues sabe que el tunante
Por mirarle las piernas se desoja.

De *Odas seculares*

Del Himno a la luna

Luna, quiero cantarte
—¡Oh ilustre anciana de las mitologías!
Con todas las fuerzas de mi arte.

Deidad que en los antiguos días
Imprimiste en nuestro polvo tu sandalia,
No alabaré el litúrgico furor de tus orgías
Ni su erótica didascalía,
Para que alumbres sin mayores ironías,
Al polígloto elogio de las Guías,
Noches sentimentales de *mises* en Italia.

.....
Eres bella y caritativa:
El lunático que por ti alimenta
Una pasión nada lasciva,
Entre sus quiméricas novias te cuenta,
—¡Oh astronómica siempre viva!
Y al asomar la frente
Tras de las chimeneas, poco a poco,
Haces reír a mi primo loco
Interminablemente.

En las piscinas,
Los sauces, con poéticos desmayos,
Echan sus anzuelos de seda negra a tus rayos
Convertidos en relumbrantes sardinas.

Sobre la diplomática blancura
De tu faz, interpreta
Sus sueños el poeta,
Sus cuitas la romántica criatura
Que suspira algún trágico evento;
El mago de Cabul o la Nigricia,
Su conjuro que brota en plegaria propicia:
«Oh tú, ombligo del firmamento!»
Mi ojo científico y atento
Su pesimismo lleno de pericia.

.....
Al resplandor turbio
De una luna con ojeras,
Los organillos del suburbio
Se carían las teclas moliendo habaneras.

.....
En una fonda tudesca,
Cierta doncel que llegó en un cisne manso,
Cisne o ganso,
Pero, al fin, un ave gigantesca;
A la caseosa Balduina,
La moza de la cocina,
Mientras estofaba una leguminosa vaina,
Le dejó en la jofaina
La luna de propina.

Del *Lunario sentimental*

De La oda al amor

.....
Y te vuelves, lector, el mozo enteco
De la tertulia, el infelice avaro
Del guante impar o del ramito seco;

Mientras *ella* con rostro ingenuo y claro,
Hace la niña boba cuya cinta
Blasona idilios en pueril descaro;

O con premioso afán mancha de tinta
Sus labios, al ponerte en la postdata
Una cruz breve y lo que así te pinta.

De *El libro fiel*

El loro

Socarrón, perspicaz, sonoro,
A la casa aturde y alegre
Con su ladina lengua negra,
Sobre su oro o su percha, el loro.

Sabe cantar un tango entero,
Los nombres nunca desacierta,
Y según llamen a la puerta,
Grita: ¡la leche! o ¡el cartero!

Ya repite la carcajada
Y el rezongo de la vecina,
Ya remedando a la gallina,
Miente otro huevo a la nidada

O apreciando al pelafustán
Con su sagaz ojo de vieja,
Le suelta mientras lo festeja
Una medalla y un refrán.

Y es de admirar con qué decoro
No desprovisto de ironía,
Dice a la fámula tardía:
«No se olviden del pan del loro»

De *El libro de los paisajes*

El chaparrón

Flechan las gotas cristalinas,
Y con chillidos de cristal,
En bandada de golondrinas
Ganan las chicas el portal.

Su aspaviento la calle alegra,
Y como si las escuchara,
En el desliz del agua negra
Pasa pronto la lluvia clara.

Pero ante el vado aun muy crecido,
Bajo la enagua blanca o rosa,
Si el pequeño pie es decidido,
La linda pierna es temerosa.

De *Las horas doradas*

El hasfío

Encontré por la senda
Una mujer y un hombre,
Y un árbol que al viento
Hacía genuflexiones.
Más lejos un asno que no hacía nada,
Y más lejos una piedra informe...
Y en tres mil leguas de mi espíritu
No había más, entonces,
Que un árbol, una piedra, un asno,
Una mujer y un hombre.

De *Filosofícula*

De El almuerzo

.....
La cuñada, aunque un tanto jamona,
Interesa con su aseada persona
Y su circunspecta moderación
De doncella positiva,
Que estira, al sentarse, la falda esquiva,
Y baja los ojos con matrimonial prevención.
Por decoroso disimulo,
Nuestra mirada elude, alisando un rulo
Al niño callado
Que come a su lado;
Y que según dice más de un vecino,
Se le parece demasiado
Para ser su sobrino...

De *Poemas solariegos*

(Pasa a la página 192)

Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)

5.—Los trépes de Don Francisco

UNA de las facultades que Don Francisco estimaba más, era la que llamamos tacto, y que él definía diciendo, que era el arte en la acción. Claro que lo principal según el Abuelo, era el Espíritu, el deseo insaciable de bien y perfección, pero casi inmediato a éste, requería tacto para su ideal de hombre moderno. Tacto es compostura en la obra social, habilidad unida a decoro, serenidad, paciencia y nobleza para trabajar por el ideal. La primera facultad, o sea el Espíritu, es lo que determina nuestra condición humana; somos hombres por el espíritu, pero somos hombres civilizados cuando obramos con tacto, urbanidad y discreción.

Tacto no quiere decir reserva, disimulo, engaño, hipocresía.... Más aún, en ciertas ocasiones el enunciado franco y directo de la verdad es el que produce los mejores resultados. El profeta Nathán obró con tacto al declarar a David su pecado, pero no era tacto precisamente lo que caracterizaba a Jeremías al comunicar sus revelaciones al pobre Sedecías, sitiado por los asirios.

Tacto es una facultad que a los que no la poseemos innata, nos es muy difícil adquirir, y dudo que en Don Francisco fuese cosa natural a su carácter; generalmente apreciamos más aquello de que carecemos, o que nos ha costado trabajo obtener.

Algunos de los hombres, acaso los que él estimaba más, como Unamuno y Costa, por ejemplo, no poseían esta facultad del tacto, que hubiera dado tanta más eficacia a su esfuerzo.—Qué dolor, decía el Abuelo, ayer estuvo aquí Costa! Qué lástima de hombre! Cuántos años, acaso siglos, se necesitarían para que España produzca otro hombre así! Y todo este tesoro de alma, perdido por su propia excesividad!... Pero quién tiene derecho de decirle a un Costa:—Debe V. ser así o no ser así; debe V. decir más o decir menos? Quién sabe si sus rugidos de desesperación no son los que más necesitamos en España, hoy por hoy!

El sabía bien que el Espíritu obra a veces por sacudidas, y que el reino de Dios se consigue con violencia.... Acaso él, Don Francisco, por natural impulso hubiera echado a los mercaderes del templo, y aún en ocasiones maldecía la higuera estéril, con todo el furor de un gitano andaluz.

—Hoy he visto a P., decía; qué harapo de hombre! Me ha venido a pedir que interceda con M. para no sé que cosa! Cree el ladrón que todos son de su condición!...

...—Lo que V. ha hecho es una infamia, le decía a un joven a quien sorprendía claudicando. Una infamia indigna de uno que se da a sí mismo el título de hombre. Hasta su propia vulgaridad me ofende! Ni la esperanza le puede caber de haber sido original.

Procuraba mantener en sus palabras un cierto decoro y circunspección, pero fulminaba rayos con la mirada, y el tono de la voz era casi insultante de despecho. Después se quedaba silencioso, perdido en una gran tristeza, por la falta ajena, y acaso también por su propia intemperancia.

En ciertas ocasiones, la ira le embargaba; después de algunas palabras entrecortadas, se escondía para reñir y combatir con su propio corazón. Estos eran los famosos trépes de Don Francisco, tan temidos de los que le rodeaban; era peligroso hablarle en aquellos momentos; sacudía un zarpazo a los que sin ser la culpa de su enfado, se acercaban para calmarle. Pocas veces ocurría esto en público, al menos en los últimos años, pero en

su juventud, y aún en la edad madura, debía ser terrible exasperar a Don Francisco, con una maldad persistente y premeditada. Se encerraba en su cuarto con sólo cuatro muebles, un cuarto blanco, que daba al jardín y se le oía gemir y suspirar por largo rato. Cuando la tormenta había pasado, se reconciliaba con los mismos que habían provocado su furor, y quedaba abatido por algunos días.

Renán habla de la *politesse* como *notre supreme vertu*, recordemos que la palabra *urbanidad* es de origen francés, inventada por Balzac. Yo entiendo que la mansedumbre no debe ser una virtud muy española; no creo que fuera la más predominante entre los *ángeles* y *águilas* del tiempo de Santa Teresa y San Juan de la Cruz; ni es tampoco tacto lo que aparece más en evidencia en el proceso de Fray Luis de León, Bernáldez cuenta de la Reina Isabel, *que ovo tanto enojo que echó mano a sus cabellos*. Recordemos también que Berceo decía de San Millán que:

*Dióle una respuesta tan fuerte tan irada,
Que li costó bien tanto commo una porrada.*

Y en otra ocasión.—*Dissolis el sant omne una respuesta dura...* a unos ladrones que le robaron la mula con que él llevaba leña a los pobres.

Era con éstos, con los ladrones y prevaricadores de la cosa pública, con los que nuestro moderno *sant omne* se exasperaba. Para todo lo demás, tenía un gran optimismo:

—Qué feliz soy, decía el Abuelo, aquí en medio de esta ciudad, al abrir cada mañana este balcón de mi cuarto y respirar el aire todavía húmedo y perfumado de estos árboles. No merezco tener un balcón así y saber gozar de él....

Dormía poco, se despertaba muy temprano, sobre todo en primavera. Un profesor polaco, de paso por Madrid, viéndole tan absorbido en las conversaciones con sus discípulos, le preguntó a qué hora estudiaba y si podrían juntos leer y comentar el Timeo. Don Francisco le replicó, que tendría mucho gusto en hacerlo, si podía levantarse como él bien de mañana. El forastero que era un *original* llamaba a la puerta de la INSTITUCIÓN al día siguiente antes de las cinco, y era el Abuelo el que salía a abrirle porque era el único que estaba despierto en la casa.

Sin embargo, era en su propia obra, de podar e ingeritar el Espíritu en los ramos tiernos de la nueva generación, donde encontraba Don Francisco su mayor contentamiento.—Vivir entre jóvenes, exclamaba, que suerte la mía! No tener la oportunidad de anquilosarme, de secarme como haría sin Vds. Y cuando Vds. se vayan, otros vendrán más jóvenes, empujando todavía! Tener que ser siempre joven, aunque no quiera! Benditos sean Vds. que me renuevan y me mantienen en contacto con las verdaderas fuentes de la vida, que son el entusiasmo y la juventud.... Sean siempre jóvenes si pueden, agresivos, extravagantes.... sí, extravagantes (*de vagare extra*)... Fuera de la rutina y de lo que ya es vulgar y común. Sean jóvenes, en su juventud al menos, cumplan con esta misión social. Sean hombres no de ayer, ni de hoy, sino de mañana.... Demasiado pronto se volverán juiciosos, conservadores y moderados. Y pensar que por esto, por estar entre Vds. es por lo que me pagan, cuando

yo debía pagar a Vds. o al Estado por el beneficio que recibo de mi función.

Recordaba la frase de Javier Llorens: que el maestro no debería recibir nada por enseñar, sino aún pagar por ello, si fuera posible. De todos los que a su alrededor se dedicaban a la obra educadora, era el Abuelo el único que no lamentaba el sacrificio de su personalidad en beneficio de la acción social. Cuántos decían o pensaban:

—Ah, si no fueran estos cursos, estas sesiones! Podría hacer mi propia obra, poner en orden mis ideas, y escribir mi libro. Mi libro! El libro que escribiría si no tuviese estas conferencias, visitas, excursiones!... Y resignados, por patriotismo se imponían el yugo de enseñar, educar, y hasta gobernar, si se quiere, pero dando una impresión manifiesta del dolor que sentían de perderse en una obra cuya utilidad remota comprendían muy bien, pero que no les parecía tan digna de su esfuerzo, como una contribución científica personal, que ellos podían dar si fueran libres enteramente.

No sufría de esto Don Francisco en sus últimos años. Sin luchas interiores y agradecido de este mundo bello y de la parte que a él le había tocado, iba diciendo, *Deus meus et omnia...*

Lo que le producía más enojo, era ver la lamenta-

ble decadencia de España, con la canalla triunfante en el Parlamento, en los ministerios, en las antesalas de Palacio, en los centros de instrucción, doquier se dirigía la mirada.

—Qué será de España? le decía un día el Abuelo a Simarro en una crisis de desesperación.

—Qué será de España? respondió Simarro, pues, toma, lo que es ahora! Qué más quiere V.?

Su patria, una *canalocracia*, como decía Rubén Darío! Naturalmente que esto tenía que producirle horas de profunda tristeza a Don Francisco, que había hecho casi unos místicos desposorios con España; amaba la tierra como una cosa espiritual. Naturalmente que se quejaba! A veces la pasión y el furor le dominaban, y se le escapaban otra vez palabras duras.

—Canallas, decía, podéis triunfar hoy y sumergir el país en un marasmo... de corrupción y estulticia... Pero seréis juzgados, generaciones de víboras! Pensáis que nadie os ve y os pavoneáis satisfechos de vuestra maldad. Sin embargo os juzgará la historia, os juzgamos ya nosotros, unos cuantos que estamos despiertos y que desde ahora os emplazamos al fallo del porvenir.

J. PIJOÁN

La Manífica..., Monserrate...

Todos los días por ahí de las siete de la mañana, ya este hombre se encuentra ocupando su puesto, de pie en un ángulo interior del Mercado, junto a las ventas de tabaco en hojas y de objetos de barro cocido. A cuantos pasan por aquel sitio, les ofrece su mercancía:

—La Manífica..., Monserrate... La oración de la piedra del imán...

Pregona el artículo y alarga al paso de los desconocidos las pequeñas hojas de oraciones impresas que sostiene en una mano, cogidas en un papel de periódico para no ajarlas.

Es un hombre de mediana edad, aunque parece ya viejo, descalzo, sucio; usa una guerrera militar de la que han desaparecido la mayor parte de los botones, pantalones de tela ordinaria y sombrero pajizo con un ramito de violetas marchitas junto al lazo de la cinta descolorida; la cara abotagada y de mal color, como la de los palúdicos, la frente abultada y grasienta, los ojos negros y hermosos, los labios gruesos, con partículas de tabaco en toda la boca.

Alguno se le acerca:

—¿Me quiere hacer el bien de un poquito de fuego?

—Perdone, pero no fumo, me lo prohibió el doctor; ahora sólo puedo mascar. Es el único vicio.

—¿No es más malo...?

—Al contrario, desinfesta.

Algún otro lo interroga:

—¿Qué es lo que vende?

—La Manífica...

—¿Alguna canción?

—¡Que va!, una oración.

—¿Para qué es buena?

—Para que Nuestro Señor nos libre de las pestes y de todo peligro. ¿Gusta? Vale quince. Tengo también la de Moserrate: con ésta no se muere uno sin recibir los Santos Sacramentos. Hasta un mes puede durar el enfermo agonizando; pero eso sí, que no la quemem porque enseguida se muere. Vea si la quiere. O la de la piedra del imán... Con esta otra oración ningún mal le pueden hacer al cristiano. Porque hay gente que sabe hacer males, o en la puerta de la casa o en el tejado. ¡Pero se paran...! Si se consigue la propia piedra de imán, todavía mejor: se echa en agua los lunes en la noche, y se bebe esa agua otro día martes, ojalá en la mañanita. Yo traje una vez de Puntarenas como diez piedras de éstas, y se me fueron como sopladitas; si están escasas entonces se le puede echar un carbón al agua, y da lo mismo, en teniendo la oración con uno. Yo los puedo llevar a la casa de una señora que hubieran visto ustedes lo arruinada que estaba, y si vieran ahora... Con sólo la oración y la piedra de las que traje de Puntarenas.

—¿Y hace mucho tiempo que tiene este oficio?

—Si este no es oficio; es sólo por unos días, mientras descanso. Mi oficio es hojalatero: pero desde que me cayó

Repertorio Americano

Vendo números sueltos y atrasados. Completo colecciones y las empasto. Precios módicos.

Pida más informes en *La Prensa*, o por el apartado 409, en esta ciudad de San José.

MIGUEL OLIVARES

este dolor en esta pierna me dediqué al negocio. Hay que hacer algo; más yo, que necesito pagar todos los días uno cincuenta por dos chacalines que tengo en una casa particular. Recojo siempre el recibo para tenerlo, por si cualquier día hay enredos: —¿Que usted no los ha criado?— ¡Mire mis recibos! La mama murió hace como tres años. Además, tengo que pagar otros ocho al mes por mi cuarto para mí solo, fuera de mis alimentos.

Otro desconocido:

—¿Vale mucho una blusa como esa que carga?

—Con el cambio de la moneda todo ha trepado, hasta el paño. Esta es de cuando yo era del cuartel; porque yo soy disciplinado, no vaya a creer, (alza la mano con arrogancia teatral y se lleva la punta de los dedos al ala del sombrero), pura táctica chilena; llegué hasta capitán, me descendieron del grado por cuentos que nunca faltan; después me cayó este dolor en esta pierna y tuve que meterme en este negocio...

Pasa un silencio corto y el vendedor de oraciones a quien encuentro por primera vez, da dos golpecitos suaves en mi hombro y se despide sonriendo:

—Con su permiso...

Se le ve luego en otro sitio del Mercado, en otro rincón que le permite descansar un poco, sentado, y desde allí continúa alargando a los desconocidos que pasan el pequeño rimero de oraciones impresas, todavía intacto:

—La Manífica... Monserrate...

RUBÉN COTO

San José — Costa Rica.

Panorama

Chile

Un chileno ilustrado, amigo nuestro, residente en Mendoza, Rep. Argentina, nos habla en estos términos de la situación de Chile.

...Nosotros advertimos a Alessandri muchas veces que la falta de autoridad, de justicia y honradez perdería a la República. Ahora nos encontramos ante hechos trágicos y casi sin remedio.

Hoy mismo, ⁽¹⁾ el Gobierno ha dictado la expulsión de 14 ciudadanos, entre ellos D. Eliodoro Yáñez.

...Nuestro Chile se derrumba por la falta absoluta de criterio en este Gobierno militar, bien intencionado pero compuesto de personas sin experiencia ni talento.

Los escritores, como le escribió Castelblanco (?), se han entregado en forma ignominiosa.

...Vamos a la ruina. Estamos armados hasta los dientes, con pretensiones de ir a nueva guerra con Perú. Hemos invadido el territorio de Tarata, que, por decisión del árbitro, debimos entregar a Perú. Nuestra política en Washington nos llevará a un desastre con humillación por cuanto este país, relativamente fuerte respecto a Perú, Bolivia y Ecuador, es mucho más débil que esas repúblicas respecto a los EE. UU.; olvidamos que no tenemos más que costa. Cuando el árbitro nos imponga su ley, el actual Ministro de Relaciones, que es un niño sin experiencia, quedará en la más triste posición, viéndose obligado a renunciar o desmentir sus pueriles bravatas.

...La influencia yanqui en Chile, solicitada por el Gobierno, es avasalladora. Tenemos los siguientes asesores técnicos:

- 1.—Thomas R. Lill, de Contraloría fiscal.
- 2.—H. E. Van Deusen, Banco Central.
- 3.—H. M. Howard, Superintendencia Aduanas.
- 4.—W. Mac Mullen, Aviación Militar.
- 5.—J. Long, Dirección Sanidad.
- 6.—Pickle, higiene.
- 7.—Kaemerer, finanzas.

El mismo general Ibañez, sin darse cuenta de lo que hizo, cedió 500.000 hectáreas de terrenos posiblemente petrolíferos a la Amelting yanqui. Quitándole un treinta por ciento, todo el presupuesto está dedicado a fines militares y navales. Actualmente construyen en Inglaterra ocho cazasubmarinos para nuestro país. C. Ríos Gallardo y la clique militar consideran con toda naturalidad,—casi la desean,—una guerra contra el Perú.

...Yo estoy convencido de que los EE. UU. impedirían una nueva guerra en el Pacífico.

Considerando el estado deplorable a que han llegado las cosas, sería preferible solicitar una declaración categórica de Washington en el sentido de saber hasta qué punto intervendrían en estos conflictos, o si los evitarían totalmente. Me parece que no debemos ir a la 6ª Conferencia Panamericana de Habana con otro objeto que ése. Con unión aduanera y desarme nuestra América podría levantarse hasta cierto punto. De otra manera nadie podrá atajar la general bancarrota. ¿Para qué nos sirve el armamento actual? ¿Para revoluciones y guerras entre hermanos! Mejor desarmar.

...Creo que el Coronel Ibañez es hombre bueno, pero se ha lanzado en terreno desconocido para él con una perspectiva desastrosa.

(1) 17 de junio de 1927.

Cuba

De la situación de Cuba nos hablan dos amigos también, patriotas cabales.

...Hoy me llegan sus generosas líneas de interés por los «peruanos» detenidos. ¿Peruanos nada más? Hay cinco jóvenes intelectuales de fuste en la cárcel (dos, editores de los de 1927. Y yo mismo ando en tela de juicio...) Todo por un chisme estúpido de la *Foreign Office*, vía Washington, y la consiguiente falsa alarma de un Gobierno. El Comunismo aquí no pasa ni ha pasado nunca de ser una ideología de gabinete y un tema de aprovechamiento para los falsos «líderes» proletarios.

Pero, por lo pronto, hay más de un centenar de procesados y una vaga amenaza pendiente sobre múltiples «sospechosos». Estamos haciendo todo lo posible por lograr la libertad de estos inocentes y desvanecer los recelos oficiales. Veremos. Es un bochorno.

(La Habana, 11 de agosto, 1927).

...Como dice usted muy bien, este proceso del comunismo en Cuba nos sonroja porque da idea triste y exacta de nuestras perdidas libertades públicas. Un Gobierno reaccionario, militarista, caricatura grotesca de *fascismo* tropical, se ha erigido sobre un pedestal de violaciones y atropellos a los derechos de todo ciudadano, y la adulación más baja y servil le inciensa. Este es nuestro dolor y nuestra vergüenza.

Las tiranías se apoyan mutuamente, y por eso, dichos jóvenes peruanos, amantes de la libertad de su país,—su único delito,—tienen ahora que vivir en una cárcel en Cuba. Los insumisos somos pocos, pero no abandonaremos nuestra actitud digna.

(La Habana, 14 de agosto, 1927).

Bolivia

Cárcel Pública, 5 de agosto de 1927.

Señor don Moisés Vincenzi.

Escasú, Costa Rica.

Querido compañero y amigo:

Le escribo desde la prisión, a la que me ha echado el gobierno reaccionario y clerical de Hernando Siles, en compañía de decenas de estudiantes y obreros. Hace más de 24 días que nos encontramos presos, incomunicados y sometidos a un régimen carcelario de rigor. No se nos permite defendernos. Los diarios que siquiera se atreven a simpatizar con nosotros, son suprimidos y perseguidos sus redactores. Nuestro delito consiste en haber querido organizar el proletariado boliviano en una forma consciente. Se nos acusa de conspiradores, y la policía de Siles ha inventado una chacota policiaria para caer sobre nosotros. No hay una sola prueba que justifique nuestra prisión y hemos sido pasados a la cárcel sin orden judicial, atentatoriamente y contra las leyes del país.

Le envío una especie de manifiesto para que se entere Ud. y lo remita a García Monge. Es preciso que todos los intelectuales de América, izquierdistas, nos presten su apoyo moral y dirijan sus protestas contra el gobierno de Bolivia, solicitando nuestra libertad. Hagan llegar su voz hasta el palacio del Presidente Siles: obliguenle a que haga justicia. Con su presión, por medio de diarios y protestas, detengan las persecuciones.

Desearía escribirle más, pero no tengo tiempo. No escribo en la tranquilidad ni en la calma. Que esta carta llegue a sus manos.

Un fuerte apretón de manos de su amigo y compañero que lo admira,

TRISTÁN MAROFF

(Desde La Paz Bolivia.)

Gobiernos reaccionarios

LA reacción más desembozada y feroz se ha apoderado de Bolivia. El Gobierno clerical y fanático de Hernando Siles, que sólo tiene cabal comparación con Chamorro o Adolfo Díaz de Nicaragua, persigue estudiantes y obreros, por el delito de buscar la salvación del pueblo, mediante una honda revolución ideológica que transforme la economía paralítica, sacando a Bolivia, de la barbarie y la miseria. Persigue a la juventud rebelde, porque se opone a la política servil y colonial del gobierno que se arrodilla a los yanquis y vende el país al extranjero. Porque combate a los viejos caudillos mediocres y partidos tradicionales que hasta este momento, han desarrollado una política suicida. Las iras del gobierno se desencadenan sobre las vanguardias de intelectuales y obreros, que representan hoy las fuerzas insurgentes del socialismo.

En Bolivia, se enseñorea una vez más, un régimen oligárquico. Una minoría burguesa de propietarios de minas, terratenientes y políticos caudillistas, rodea al déspota, que en su ineptitud y complicidad con los poderosos, empuja a esta porción de Latino-América al desastre económico y social. Cerca de dos grados geográficos de territorio, «ricos en yacimientos petrolíferos y bosques, están en poder de sindicatos yanquis». Las rentas públicas hipotecadas a banqueros estadounidenses. Nuevos empréstitos y compromisos financieros, colocan a Bolivia, virtualmente, en condiciones inferiores de colonia económica. La instrucción en manos profanas, las universidades prostituídas, el indio en su miserable y secular abandono. Y sobre estos claros vestigios de ruina, la opresión más desenfundada sobre las masas laborantes y el proletariado intelectual.

El gobierno de Siles, se complica en la explotación a los trabajadores de minas, poniéndose al lado de los magnates—Patiño, Soux, Aramayo,—monopolizadores de empresas mineras. Las justas reclamaciones de los obreros son acalladas por la violencia; del distrito minero de mayor importancia—Uncía—han sido expulsados al extranjero ochenta trabajadores por la grave acusación de *agitadores*. Sus peticiones son contestadas con descargas de fusilería—gritos elocuentes del poderío militar al servicio del capitalismo. Los obreros de Bolivia no pueden organizarse en sindicatos. Sufren el ajuste más inicuo de la burguesía explotadora de la ignorancia y el fanatismo religioso. El proletariado boliviano aplastado por el peso ciclópeo del capitalismo, es una masa informe de parias. Sus músculos fuertes y heroicos están anquilosados por la inanición en que criminalmente los mantienen sus rudos y egoístas *amos*.

El 4 de mayo del presente año, el gobierno de Siles ha masacrado estudiantes que reclamaban por sus maestros impagos. La medida discrecional del estado de sitio, silenció protestas del pueblo que encolerizado anatemiaba a los viles que en las plazas y calles victimaron niños indefensos. Recientemente, fragua una farsa policiaria, mostrándose como descubridor de un *complot comunista*, para extremar hasta la impiedad sus cesáreas persecuciones. Dirigentes intelectuales y líderes del obrerismo, son reducidos a prisión, en forma atentatoria e inicua. Tristán Maroff, Abraham Valdez, Oscar Cerruto, Luis F. Abaroa, Federico Avila, José Natusch Velazco, Jorge Estrella, Donato González, Moisés Alvarez, Ezequiel Salvatierra, han sufrido bárbaras vejaciones policiarias. Los atropellos y abusos son extremados en las ciudades del interior de la República. Esta fiebre de persecuciones llega hasta las masas pacíficas de indios comunarios. Todos los recursos de defensa, diarios, reuniones, actos de protesta de las acciones izquierdistas, están prohibidos. La iniquidad de la violencia culmina

en castigos torturantes a los presos políticos que desafiando la venalidad de los jueces, se atreven a decir la verdad.

Las protestas contra el megalómano gobernante de Bolivia, se alzan en todas las capitales de nuestro Continente, patentizándose así la firme solidaridad de todos los que luchan por el imperio de la justicia social. El burlesco y trágico nombre de Siles, se suma a la ya larga lista de tiranuelos: Leguía, Díaz, Machado, Bernades, Ibañez.

Los actos de vandalaje de los gobiernos reaccionarios de nuestra América tienen un capítulo más con éstos—ligeramente señalados—del Presidente de Bolivia, Hernando Siles.

T. M.

Los indios de Bolivia

=De *El Diario Nacional*, Bogotá=

CUANDO las nacionalidades se esfuerzan por mantener, acentuar y reteñir las líneas distintivas de su fisonomía, y vigorizan su defensa contra los posibles ataques de cualquiera imperialismo, no se explica bien que sean comunicadas y recibidas como noticias plausibles las provenientes de Bolivia, según las cuales será aplastado por las tropas regulares el formidable levantamiento indígena. Con una bárbara crueldad empleada desde el primer momento, se ha procurado reprimir la sublevación. Los fusilamientos se han prodigado con la sola consecuencia de intensificar la cólera de las masas indígenas, que aumentan constantemente y llegan a sumar ya ochenta mil hombres. Es Bolivia el pueblo americano en donde los indígenas han sido menos exterminados. En donde conservan su lengua, su religión y su indumentaria. Con admirable energía se han defendido de la penetración de otras razas y por eso han mantenido su autonomía. Tras de su apariencia humilde y taciturna, los indios de Bolivia ocultan un orgullo inaccesible, el orgullo de los dueños de la tierra, de los amos desposeídos, que acceden a convivir con los usurpadores, pero sin mezclarse a ellos. Negociando en pequeñas industrias, vagando por las selvas, escalando los picachos helados, los indios viven su vida de proscriptos y levantan la muralla de su muda y pasiva resistencia frente al codicioso empuje de las razas conquistadoras. Y sea porque éstas en Bolivia han sido menos fuertes que en otras partes, sea porque el indio boliviano acendra en poderosa síntesis la sublimación de las virtudes comunes a los primitivos pobladores del continente, es la verdad que son los mestizos, los capitalistas, los gobernantes, quienes siguen constituyendo una minoría parasitaria, enclavada como en la piel apenas del gigante vencido.

El levantamiento que contemplamos, provocado indudablemente por abusos, injusticias y atentados, que han conseguido agotar la paciencia de una raza que es orgánicamente enemiga de la violencia innecesaria, no es un acto punible a la luz de la moral ni debería serlo desde el punto de vista legal en naciones cuyos estatutos civiles fueran armónicos con sus grandes intereses. Esa falange que hoy se encuentra con las armas en la mano, tiene derecho al suelo de que se la priva, a la civilización de la cual se la expulsa, a las escuelas, a los productos de las riquezas naturales. Ella es quien ha tolerado la detentación de sus bienes. Ella alimenta, no sólo con su trabajo, sino con sus metales, con la madera de sus bosques sagrados, con los peces de sus ríos, con los jugos de sus palmeras, la casta insolente y arbitraria de los dominadores. Se explica un pacto de amistad, se explica una negociación para hacer amable la vida común. Pero no es to-

lorable la organización de la fuerza pública para destruir en siniestras hecatombes la fuente de la raza, el origen del país, el alma dulce y profunda de la nacionalidad. Este imperialismo interno, esta subyugación implacable, para rendirle tributo a la progresiva extranjerización, es el crimen que me parece más semejante al suicidio. Empeñarse en la despoblación de Bolivia, en la anulación de su individualidad, en vez de cultivar cariñosamente la planta original, de investigar las nociones del arte criollo para desarrollarlo, de traer por la educación a la raza madre a las posibilidades de una triunfal expansión que le reintegre el dominio que le fue arrebatado, es un error culpable, un error que se pagará demasiado caro. Hijos del tiempo, inocentes por tanto, fueron los excesos de crueldad de los conquistadores. Los que hoy perpetre la democracia nacional no tendrán absolución nunca.

La situación internacional de Bolivia no es halagüeña, lo cual quiere decir que es parecida a la de casi todas las repúblicas hermanas. Bolivia no es, hablando con franqueza, sino un depósito de materias primas de los industriales yanquis. Y Patiño, el indio multimillonario, se levanta aisladamente en medio de la miseria general, como una blanca montaña de estaño. Le conviene, pues, a la hija mimada del Libertador, nacionalizarse, compenetrarse, solidarizarse, apegarse tan reciamente como nunca a la tierra; aguzar y envenenar las flechas de sus indios, para que vayan a clavarse, trémulas, en el corazón de los invasores; disciplinar esas huestes innumerables, cuyo pecho tiene la bronceada resistencia de la macana; enseñarles que la bandera de la patria no es enseña de combate, ni amenaza de muerte, ni símbolo de hambre homicida de los blancos, sino iris de paz para cuantos nacieron sobre el suelo de Bolivia. Cuánta riqueza significa para Bolivia la posesión de su masa indígena. Vemos, en el porvenir glorioso de América, cuando haya de librarse la cruzada de redención, un ejército boliviano encabezado por los pífanos de barro, por los arcos primitivos, por los ídolos pétreos de los naturales. La movilización de la raza sería bella y sería temible, si la iniciara tremenda en su impavidez, la indiada serena y audaz que solamente economizó muy pocas gotas de su sangre en defensa de la tierra que hoy sólo le sirve de sepulcro.

MAITRE RENARD

Agosto 20 de 1927.

Hace algún tiempo que no creo en la justicia de los hombres

Hace algún tiempo que no creo en la justicia de los hombres, pero sí en la justicia del destino. Si esperamos en los que rigen por casualidad el destino y la situación nuestra nos hagan justicia, bien poco gozaríamos de ella. El gobernador Fuller se suma al ya considerable número de los que intervienen en la sentencia de vida y muerte de dos seres que inocentemente viven un trágico destino en la vida. ¿Acaso la protesta en favor de Sacco y Vanzetti no es capaz de conmover a la justicia y al gobernador de Massachussetts? Muchas veces la piedad y la clemencia empleadas en casos como éste harían nacer en los pechos de los condenados sentimientos de esperanzas y de fe en la justicia del destino. Nada o muy poco se ha dedicado a la psicología de los criminales. En los tiempos que corren, en que la revolución rusa está aún viva en el corazón de los pueblos, en que la pasión y el odio, la justicia y el amor engendran cada día nuevas reivindicaciones, la aplicación de las leyes debería ser distinta. Cuando la justicia, como en este caso, es la voz del mundo, cuando la verdad y la inocencia lo imponen, hay que arrancarla por todos los medios o dejar con un gesto olímpico a Dios, el Tiempo, la venganza a los ensoberbecidos.

El presidente Alvear, con un bello gesto humanitario, dió la libertad a Mañascó.

RAQUEL ADLER

(Crítica. Buenos Aires).

La décima musa...

(Viene de la página 187)

A ti

Nuestro amor sin sombras y sin desengaños,
Como las doncellas con su gracia en flor,
Por sus primaveras cuenta ya quince años,
Y esta es, a fe mía, la edad del amor...

De El libro flél

Figurín

A la última creación,
Infunde con elegancia
Su espíritu en la fragancia
Del nuevo «Extracto Manón».

Negros casi hasta lo impuro,
Sus ojos de terciopelo,
Corresponden al modelo
De crespón leve y obscuro.

Mas, los linones y tules
A los que hoy nadie se atreve.
Sentarán cuando se lleve
Los ojos castos y azules.

A las sentencias mundanas
Su dulce nombre acomoda,
Según que estén a la moda
Las Coras o las Susanas.

Cada estación le coloca
El lunar que le conviene;
Y el corazón que no tiene
Lleva pintado en la boca.

De Romancero

